

Francis Fukuyama, *Identidad. La demanda de dignidad y las políticas de resentimiento*, Trad. por García Maldonado, A., Barcelona, Planeta/Deusto, 2019, 206 pp.

Por Raúl Ramírez-Ruiz
(Universidad Rey Juan Carlos)

Francis Fukuyama (1952), es un politólogo y economista norteamericano discípulo, en Harvard, de Samuel Phillips Huntington y Allan Bloom y, en la actualidad, Profesor en Stanford. Pertenece, pues, a la élite intelectual de occidente. Fukuyama saltó a la fama internacional con la publicación en 1992 del libro *The End of History and the Last Man*, en esta obra sostenía que la expansión mundial de las democracias participativas con división de poderes, mercado libre y los Derechos Humanos como base moral universal, señalaba el punto final de la evolución sociocultural y las luchas políticas de la humanidad.

Posteriormente ha seguido desarrollando esta idea en una serie de artículos y libros donde reflexiona sobre la construcción del orden social e institucional, el desarrollo de las naciones e, incluso, sus implicaciones biológicas a través del llamado trans-humanismo, ante el que es enormemente crítico.

No todas sus obras están traducidas al español, no es el caso de la obra que nos trae hasta aquí, publicado originalmente en 2018, fue traducida como *Identidad. La demanda de dignidad y las políticas de resentimiento*, en 2019. Es una obra que, como Fukuyama señala en su primera línea, “no se habría escrito si Donald J. Trump no hubiera sido elegido presidente en noviembre de 2016”, un libro, en definitiva, nacido para explicar esa disrupción sistémica, a través de catorce capítulos precedidos de un prefacio fundamental. Damos tal importancia al capítulo de introducción porque en él, Fukuyama, explica el por qué y los objetivos del libro, así como, los conceptos filosóficos básicos para entender el populismo contemporáneo.

Para el autor, Trump representa una tendencia general de la política internacional hacia lo que llama el nacionalpopulismo, dónde han aparecido un nuevo tipo de líderes políticos que se caracterizan por intentar utilizar la legitimidad conferida por las elecciones democráticas para consolidar su poder personal, además, son personajes que afirman defender una conexión carismática directa con “la gente” que, a veces,

se define en términos restrictivos excluyendo a gran parte de la población. Son líderes a los que no les gustan las instituciones y buscan socavar los controles y contrapesos que limitan su poder en una democracia liberal moderna: los tribunales, el parlamento, los medios de comunicación y la burocracia no partidista (p. 12).

Antes de avanzar, Fukuyama, justifica, en una especie de *excusatio non petita*, el fallo de su anterior teoría sobre el “fin de la Historia”. Para empezar, afirma que no se entendió el concepto “Fin” en el sentido hegeliano-marxista, que no significa “terminación” sino “meta” u “objetivo”. Es decir, desarrollo o modernización. Además, ha detectado dos problemas imprevisibles. En primer lugar, la dificultad de desarrollar un Estado moderno e impersonal. En segundo lugar, la posibilidad de que una democracia liberal moderna decaiga o retroceda.

A continuación, presenta los pilares filosóficos sobre los que basa el subsiguiente análisis de estos movimientos populistas. La idea principal es el *thymós*, que define como la parte del alma que anhela el reconocimiento de la dignidad; que su a vez se puede mostrar a través de la *isotimia*, la exigencia de ser respetado en igualdad de condiciones que los demás; o la *megalotimia*, el deseo de ser reconocido como superior.

Frente a estas “ansias de reconocimiento y dignidad”, Fukuyama afirma que las democracias liberales modernas ofrecen un grado mínimo de igual respeto, encarnado en los derechos individuales, el Estado de derecho y el sufragio. Lo que no garantizan es que en democracia las personas sean igualmente respetadas en la práctica, particularmente los miembros de grupos con un historial de marginación. Países o religiones enteras pueden sentir que no son respetados (p. 15).

En estas circunstancias el paso de la *isotimia* a la *megalotimia* es muy sutil y puede desestabilizar sociedades a través del racismo, la xenofobia, etc. Pues, los temas que giran alrededor del *thymós* son: reconocimiento, dignidad, inmigración, nacionalismo, religión y cultura. Estos conceptos están triturando el dogma de que la motivación económica es el motor de los comportamientos humanos al mostrar que, incluso en estas sociedades ubérrimas, hay algo más que no puede satisfacerse simplemente por medios económicos. Ahí entra “la tercera parte del alma”, el deseo de reconocimiento, que es lo que, sorpresivamente, está cuarteando las instituciones de las demo-

cracias occidentales y, más allá, sirve de soporte al neo-autoritarismo.

Los capítulos de la obra giran en torno a una serie de ideas encadenadas: se reflexiona sobre la reivindicación de la dignidad; el paso de este deseo de reconocimiento desde el individuo al colectivo y la fragmentación de esos colectivos identitarios. Todo ello para terminar reivindicando la construcción de un nuevo “nosotros” amplio que sigue teniendo en el Estado su mejor paraguas protector.

El origen de todo este proceso lo sitúa Fukuyama en los efectos de la globalización. Ésta ha permitido una reducción de la pobreza a nivel global, pero por otro lado ha potenciado las desigualdades internas en todas las sociedades, especialmente en el occidente desarrollado. El libro-ensayo a lo largo de los primeros capítulos explica como ese retroceso en los estándares de vida en occidente no han sido sentidos por sus clases medias como un retroceso económico en sí, sino como una afectación a su dignidad, el *thymós*. Así pues, la nueva desigualdad social genera una búsqueda de reconocimiento que lleva a establecer un resurgimiento del concepto de identidad. Un concepto que ya estaba presente en el nacionalismo y la religión, pues cómo al autor dice:

“tanto el nacionalismo como el islamismo pueden considerarse un tipo de política de identidad, pues ambos se centran en la victimización” (p. 86).

Pero, además, yendo en la “dirección incorrecta”, afirma, ahora se ha pasado de la “identidad” a las “identidades”. La década de 1960 fue testigo del surgimiento de una serie de nuevos y poderosos movimientos sociales en las democracias liberales desarrolladas. Derechos civiles para las razas minoritarias; mujeres; revolución sexual; discapacitados; nativos americanos, inmigrantes, gais, lesbianas, transexuales, etc. Cada grupo marginado tenía la opción de verse en términos de identidad más amplios o más estrechos. Podía exigir que la sociedad le tratase de manera idéntica a la forma en que se trataba a los grupos dominantes, o podía afirmar una identidad diferenciada para sus miembros y exigir que se les respetase como distintos a la sociedad en general. Con el tiempo esta última estrategia tendió a predominar (p. 122).

Y en estos momentos comenzó a producirse una mutación en la izquierda ideológica de occiden-

te. Porque, ¿cómo se explica el fracaso de la izquierda a la hora de capitalizar el aumento de la desigualdad social y el crecimiento de la derecha nacionalista en su lugar? Para Fukuyama,

“el problema de la izquierda contemporánea son las formas particulares de identidad a las que decide prestar cada vez más atención. En lugar de fomentar la solidaridad en torno a grandes colectividades como la clase trabajadora o los explotados económicos, se ha centrado en grupos cada vez más pequeños marginados de maneras específicas” (p. 105).

Este proceso parte de lo que llama la “pasión por la igualdad” de la izquierda, pero esa apuesta igualitaria cambió desde su anterior énfasis en las condiciones de la clase trabajadora a las demandas, a menudo psicológicas, de un círculo cada vez más amplio de grupos marginados y en ese cambio, “la vieja clase obrera se quedó en el camino” (p. 127).

Ello explica, según Fukuyama, una de las características más sorprendentes de la política actual, y es que las fuerzas más dinámicas de la segunda década del siglo XXI son partidos y políticos nacionalistas o religiosos, en lugar de los partidos de izquierda de clase. Pues, los ciudadanos resentidos que temen perder el estatus de clase media y sienten que no merecen atención, apuntan hacia las elites, pero también hacia los pobres (inmigración). Con frecuencia, los individuos no perciben la angustia económica en forma de privación de recursos, sino de pérdida de identidad (p. 103).

Pero con ello, ahora apunta en el horizonte un nuevo y grave peligro porque “en todo el espectro ideológico, la política de la identidad es la lente a través de la que se miran hoy casi todos los problemas sociales” (p. 137), lo que ha hecho que la derecha haya adoptado el lenguaje y el marco en la identidad de la izquierda: la idea de que mi grupo en particular está siendo victimizado, que su situación y sus sufrimientos son invisibles para el resto de la sociedad, y que hay que acabar con la estructura social y política responsable de dicha situación. Y entonces, ¿Qué ocurrirá si esa *megalotimia* —exigencia de reconocimiento de la superioridad— es asumida por los grupos mayoritarios? Obviamente se producirá, a medio plazo, una regresión radical en todas las conquistas sociales conseguidas.

Por ello, Fukuyama, al finalizar su libro, a la hora de definir un “nosotros el pueblo”, hace una encendida defensa del Estado nación, como el mejor referente para dar una estructura administrativa a la “identidad nacional”, pues esta sigue siendo fundamental para la estabilidad y el éxito del orden político (p. 146). Para él,

“democracia significa que las personas son soberanas, pero si no hay manera de delimitar quiénes son esas personas, no se podrá ejercer la elección democrática” (p. 153).

En conclusión, como señala Fukuyama,

“el aumento de la política de la identidad en las democracias liberales modernas es una de las principales amenazas a las que se enfrentan, y, a menos que seamos capaces de volver a los significados más universales de dignidad humana, estaremos condenados a prolongar el conflicto” (p. 18).

Cómo decíamos al comienzo, este libro no se hubiera escrito si Donald Trump no hubiera ganado las elecciones de 2016, todo lo que en él se escribe tiene el trasfondo del populismo WASP norteamericano. Como español, todo lo que se lee en él, tiene al “*procés català*” como referente fundamental. Si ampliamos nuestro espectro, también permite una mejor comprensión de otros populismos hispánicos que, de igual modo, restringen bastante el concepto de “gente” o “pueblo”, como Podemos o Vox.

Hernández Sánchez, Fernando, *El torbellino rojo. Auge y caída del Partido Comunista de España*, Barcelona, Pasado y Presente, 2022, 426 pp.

Por Mario Rosano Alloza
(Universidad de Cádiz)

Muchos de quienes nos dedicamos a investigar el fenómeno del comunismo esperábamos, casi con impaciencia, el centenario del Partido Comunista de España. Y es que, como suele ser lo habitual en estos casos, la efeméride ha ido acompañada de un cierto número de publicaciones que, con seguridad, constituirán obras de referencia ineludible durante los próximos años. De todos los libros y los artículos publicados, quien escribe estas líneas aguardaba con especial entusiasmo *El torbellino rojo. Auge y caída del Partido Comunista de España* de Fernando Hernández Sánchez. Todo aquel que esté familiarizado con los excelentes trabajos anteriores de este autor

podrá comprender perfectamente el porqué de tal expectación.

El torbellino rojo es la pieza final de una tetralogía compuesta por *Guerra o revolución. El PCE en la Guerra Civil*¹, *Los años de plomo. La reconstrucción del PCE bajo el primer franquismo*² y *La frontera salvaje. Un frente sombrío del combate contra Franco*³. En esta última entrega, Hernández Sánchez se adentra en los años decisivos del Partido Comunista de España, es decir en las décadas en las que esta organización, bajo la polémica batuta de Santiago Carrillo, se convirtió por derecho propio en el partido con mayúsculas de la resistencia antifranquista para pasar, poco tiempo después, a constituir una fuerza parlamentaria y sociocultural casi testimonial en la cada vez más indolente nueva democracia española. La chispa que pone en marcha la dinamo analítica del autor madrileño es, precisamente, la pregunta que alude a tal evolución:

“¿Por qué el partido que hizo de la reconciliación nacional su bandera y cuya legalización condicionó la Transición dilapidó en muy poco tiempo el capital político acumulado durante décadas?”.

Sin duda, la multitud de factores económicos, sociológicos, históricos, políticos, culturales e incluso psicológicos que atraviesan el devenir de los comunistas españoles hacen que las posibles respuestas a dicho interrogante sean necesariamente caleidoscópicas. Como no podía ser de otra forma, Hernández Sánchez es capaz de encarar esta complejidad gracias a su sobresaliente erudición y a su pericia técnica en el arte de explorar el pasado.

Como comenta el autor en la introducción, el texto

“[n]o es un relato cronológico al uso. Cada capítulo parte de un acontecimiento específico que se inserta en un contexto para profundizar en las tendencias de larga duración

¹ Hernández Sánchez, Fernando, *Guerra o revolución. El PCE en la Guerra Civil*, Barcelona, Crítica, 2010.

² Hernández Sánchez, Fernando, *Los años de plomo. La reconstrucción del PCE bajo el primer franquismo*, Barcelona, Crítica, 2015.

³ Hernández Sánchez, Fernando, *La frontera salvaje. Un frente sombrío del combate contra Franco*, Barcelona, Pasado y Presente, 2018.